

# De sur a norte:

## un viaje veloz por Ciudad Juárez

**Texto y fotografías por  
Bibiana Ramírez Betancur**

Maestrante en Literatura Aplicada en la  
Universidad Iberoamericana de Puebla, México.  
Periodista de la Universidad de Antioquia.  
bibianaramírezbetancur@gmail.com



Barrio donde está el albergue El Buen Samaritano y donde se observa la frase en la montaña: "La biblia es la verdad. Léela".

*Estamos todos rotos,  
así es como entra la luz.*  
Ernest Hemingway

**A**cordé con Alicia Fernández que nos veríamos en Ciudad Juárez a principios de marzo, para mostrarme su tierra natal y la que ha fotografiado desde hace quince años, sobre la que escribiré una crónica para mi tesis de grado. Lo convenimos en Ciudad de México, un mes antes, cuando los jacarandas (gualanday) estaban empezando a florecer. Alicia es una fotógrafa de cuarenta años de edad, ojos rasgados, cabello oscuro, piel blanca y de baja estatura. Su sonrisa resalta con cada gesto que su rostro me muestra. Me cuenta su historia con buena velocidad, y a mí me toca afinar el oído para entender cada una de sus palabras.

Emprendí el viaje, sabía que era rápido y corto por lo que llevaba mis sentidos totalmente dispuestos ante la novedad. Desde el avión es posible ver dónde terminan abruptamente las montañas y deja de ser verde para convertirse en la inmensidad de color amarillo anaranjado. Fue mi primer encuentro con el desierto; inicialmente desde las alturas y luego hundir mis pies en sus suaves arenas. Aún volando, también vi cuando entrábamos a Juárez y advertí grandes construcciones como bodegas, no parecía una ciudad. Me pregunté: ¿dónde quedan las casas de la gente? Lo veía todo igual, del mismo color: gris. Pero el cielo azul, tan azul que no paraba de sorprenderme.

Ya en tierra tuve la sensación de abandono. De ser muy minúscula en medio de la vastedad del norte; este cuerpo acostumbrado al sur, a la cercanía de las montañas de la cordillera de los Andes. Mientras iba rumbo al centro, en un taxi, corroboré la falta de color en las fachadas, es decir, la falta de apropiación del lugar, como si no le perteneciera a nadie. Tal vez a la frontera. O al desierto.

Ciudad Juárez carga a costas un estigma de violencia desde 2010, cuando fue catalogada como la ciudad más violenta del mundo. En este lugar se adoptó el término *feminicidio* por los escabrosos y repetitivos asesinatos a mujeres desde 1993, con ciertos patrones identificados y donde el gobierno de Felipe Calderón montó un circo para encubrirlo todo. Particularmente, no siento miedo por estar aquí, debe ser porque vengo de una ciudad, Medellín, donde la violencia está en cada esquina y eso, de algún modo, crea una coraza que nos hace un poco más fuertes. En esto nos identificamos Alicia y yo; ser de ciudades en las que hay que estar alertas todo el tiempo.

Luego, Juárez es imprescindible para los migrantes. Es una de las fronteras con mayor tránsito humano en el mundo, por lo tanto hay un estereotipo estigmatizador allí, además del sensacionalismo de la prensa que lo aumenta. El muro que la atraviesa y la divide con El Paso, en Texas, es el último filtro que deben pasar los que han divagado por el mundo en busca de cumplir el sueño americano o rebuscando un mejor futuro, que también es incierto. Estoy mirando la frontera y ahí veo una fila de veinte de ellos a la espera de que se abra la gran compuerta que los pasará a Estados Unidos. Lo lamentable es que son agentes de la policía fronteriza quienes los cruzarán; quedarán a su entera disposición.

Mientras observo, desde Ciudad Juárez y con el Río Bravo en medio, algo de mí se rompe. No me podía figurar un muro tan grande que atraviesa casi toda la frontera. Pienso en la suerte que correrán los migrantes de ahí en adelante y también en el trajín que vivieron para llegar hasta allí. Se les ve cabizbajos mientras se suben a la patrulla. Esta cruza la compuerta, que luego se cierra nuevamente con furia. A mi lado izquierdo está Alicia, miramos al vacío con los ojos estremecidos. El Río Bravo es más pequeño de lo que imaginaba, o por lo menos por este lugar está canalizado y se ve apacible.

Damos unos pasos, giramos nuestros cuerpos y se nos presenta la ciudad. Esa misteriosa, violenta, desértica, Ciudad Juárez, a la que voy por primera vez justo el día de mi cumpleaños. Grandes avenidas la conectan. El viento silva trayendo noticias del desierto, levantando arena y estrellándola contra el pavimento que arde por el sol. En la sombra el viento es frío. Alicia me advierte que Juárez tiene un clima impredecible y bipolar. En la mañana puede hacer mucho calor, llegar a estar a 35 grados, y en la tarde nevar y estar a cero grados.

Mientras vamos a recorrerla, por el retrovisor del auto veo alejarse el muro, el que yo no deseo cruzar. Aparecen calles amplias. Van pasando fachadas grises y desvencijadas, muchas maquiladoras, otro término que se

originó en México y son empresas que importan materias primas sin pagar impuestos para fabricar productos y luego exportarlos al mismo país al que compró la materia prima. Es la ciudad con más maquiladoras de América Latina; mano de obra barata con niveles de pobreza extrema y una población flotante, que está en constante movimiento. Pero también hay sociedades estables en esa zona desde hace siglos que se resisten en medio del abandono del centro del país hacia el norte.

En Ciudad Juárez casi no hay árboles. Los que se pueden ver no tienen hojas. Son ausencias vegetales que se sienten de inmediato. Son más imponentes los pilares de hierro que dividen a la ciudad con el “gabacho”, como le dicen a Estados Unidos. Los ojos se llenan de arena porque no hay barreras verdes que la contengan. A veces estás masticando pequeñas partículas de estas. Veo solo una casa muy colorida, limpia y la única que tiene árboles, me impresiona por su belleza, es la casa de Juan Gabriel, que además tiene un paseo peatonal. Pasamos despacio y se escucha en un parlante la legendaria “queridaaaaa, dime cuándo tú, dime cuándo tú vas a volver”. Entre los años cuarenta y setenta, Juárez tenía una vida nocturna exuberante. Aún hoy, los bares y restaurantes hacen parte de la historia y la cultura. La música es la mayor expresión allí.

Alicia conduce su coche con agilidad. Se nota que conoce cada calle de Ciudad Juárez. Vamos a uno de los miradores al oriente de la ciudad, Lomas de Poleo, desde donde se divisan ambos lados del muro; por esa zona es donde más han encontrado mujeres asesinadas, gran parte de ellas trabajaban en las maquiladoras. A tan solo unos metros está la ciudad de El Paso, donde la arquitectura cambia abruptamente, incluso el color de las montañas es un poco más claro. Edificios altos, con otros colores, más árboles y todo bien distribuido. Hay verdor, construcciones sólidas y tecnológicas. En todo el borde está una de las sedes de la Universidad de Texas. En cambio, Juárez tiene unos cuantos edificios en el centro; a los alrededores muchas casas son construidas con desechos, trozos de madera, láminas de metal o tierra. Parece otro país dentro del mismo país. Aún así, me dice Alicia que la gente nativa de aquí es unida, trabajadora y resiliente.

Caminamos un rato por el desierto, con la tarde casi esfumándose, resaltando el color naranja en el cielo con una pequeña luna creciente; ese contraste con el azul profundo que nunca había tenido frente a mis ojos. Hay ropa abandonada, cubierta de arena. Ropa de niña, de mujer adulta, bolsos de color rosa, seguramente cosas dejadas por los migrantes. Le hice un bello retrato a Alicia casi a punto de oscurecerse el cielo. Al regresar, ya

de noche, me cuenta que hace doce años estuvo por esas calles nocturnas cubriendo la guardia policial para el periódico *El Diario de Juárez*. Todas las noches salía, de 4 de la tarde a 12 de la medianoche, a buscar la noticia para esta sección. Andaba sola, sin miedo y con cámara en mano por las entrañas de Juárez, justo en el 2010.

Fachada de la casa de Juan Gabriel, que está rodeada de elementos simbólicos del "Divo de Juárez".



Estoy en la ciudad solo tres días. Es costosa y el clima no ayuda porque está terminando el invierno. Al día siguiente vamos al albergue para migrantes El Buen Samaritano, que queda en el otro extremo, en un barrio que tiene sus calles de tierra, igual que casi todos aquí. A la entrada del albergue hay banderas de diferentes países colgadas en la fachada. Nos espera Juan Fierro, director general de la iglesia El Buen Pastor. Un hombre corpulento que nos da la bienvenida y nos invita a pasar a su amplia sala. Nos cuenta que allí recibe mujeres y niños, ya que la mayoría de albergues no lo hace. En el momento tiene sesenta personas esperando resolver su situación. Y como la ley migratoria está cambiando constantemente, hay personas que llevan hasta tres años allí.

Muchos otros son detenidos por el Instituto Nacional de Migración de México para luego ser deportados. En este lugar ocurren situaciones que muchas veces quedan en la impunidad como la desaparición de migrantes o el caso más reciente (28 de marzo), el incendio dentro de esas instalaciones que dejó cuarenta muertos, entre ellos un colombiano, un ecuatoriano y trece venezolanos.

Juan Fierro, orgulloso, saca un álbum con la colección de billetes que han dejado los migrantes como recuerdo. Veo uno de diez mil pesos colombianos, el que se imprimió en 1992 y solo circuló dos años por un robo, tiene el rostro de una mujer indígena embera y es el billete más hermoso que ha sacado el país. Hay de mil, de dos mil, de cinco mil, en varias versiones. Juan nos permite entrar al albergue y conversar con los migrantes. Alicia, con su cámara, va de un lado a otro buscando detalles, dialogando con familias y pidiendo permiso para fotografiarlos. Es un lugar que nos deja acongojadas, las historias son crudas y dolorosas. Son tantas que aquí no me alcanzaría para contarlas. Cada familia tiene razones diferentes para migrar.

Fernanda, por ejemplo, llegó de Michoacán, uno de los estados más violentos de México, huyendo de unos vecinos suyos y amigos de la infancia que pertenecen a una banda de narcos. Le dijeron que se tenía que unir a ellos porque ella sabía mucho de sus movimientos. Prefirió salir. Fernanda está recostada en un camarote. En la cama baja, tres niños se entremezclan con sus pies, el segundo piso los protege y parece como si estuvieran en una cueva. Sus ojos redondos y brillantes demuestran temor, pero hacen buena combinación con sus labios seguros, que cuentan que está protegiendo a sus tres criaturas, que no sobrepasan los ocho años de edad.

En una canasta, al lado de su cama, hay ropa de colores, como la que se puede ver tirada en el desierto. Llegaron un lunes de Michoacán y el viernes, que pasamos por el albergue, estaban en total incertidumbre. No lograron pasar el muro, ni siquiera le dieron información porque el de migración "parecía de mal humor". Solo le dijo que se devolviera con sus tres hijos. Buscó un arbusto en un parque, cerca a la puerta que va a El Paso. Un soldado se apiadó de ellos, la llevó al Buen Samaritano y le dio una hoja con unos teléfonos a los que llamó y le dijeron que esperara.

Salimos del albergue y vemos al fondo el Cerro Bola, que tiene una frase blanca, grande, escrita hace 35 años: "La biblia es la verdad, léela". Se ve desde todos los lados de la ciudad y está en el referente de los migrantes y de los propios juarenses. Las iglesias cristianas abundan, mucho más que

Migrantes a punto de subir a la patrulla para cruzarlos a Estados Unidos.



las católicas. Incluso, hay una red de veinte de ellas que recibe a migrantes dándoles un techo y alimento para menguar la catástrofe que es emigrar.

Alicia me invita a la cantina legendaria Club El 15, en el centro. Su nombre hace alusión a que caben quince personas. Solo tiene una barra donde hay una mujer de chaqueta roja y un hombre de cabello largo que toman cerveza; ambos cincuentones. Al otro lado está el barman, que parece malhumorado. Las paredes están cubiertas de hojas de revistas *Playboy*. Suena música norteña. Mientras Alicia, quien no lleva su identificación, discute con el camarero por no querernos dejar estar, voy al fondo, donde veo un collage de fotografías. Las observo con detenimiento, la mayoría están desgastadas. Reconozco a Ernest Hemingway en medio de dos mujeres muy grandes dentro de la misma cantina. Después busco si es real que allí estuvo el escritor. Efectivamente, el nobel cruzó la frontera en 1959 con el torero español Juan Miguel Dominguín. Andaban de clandestinos y de juega en la ciudad. Las mujeres eran cubanas.

Nosotras salimos indignadas y con las gargantas secas. Afuera empieza a oscurecer. El viento sigue haciéndose sentir. Después de andar durante el día escuchando historias, solo deseamos contar nos las nuestras. Vamos al bar preferido de Alicia. Pedimos dos sotoles (el licor tradicional del norte) y brindamos por la unidad latinoamericana. En dos días intensos, logré conocer, fragmentariamente, un poco de la ciudad, aunque me sentí muy enrejada, limitada. Un halo misterioso del desierto se queda palpitando en mí.🍷

La Guardia Nacional está todo el tiempo vigilando la frontera y prestando seguridad en la ciudad.



Atardecer con un ocelote de barro. Este tipo de figuras, que las hay de muchos animales y objetos, se utilizan como alcancía y son típicas en México.

